El zombi

J. A. Gutiérrez

Image not found.

Capítulo 1

EL ZOMBI

No recuerdo mucho de mi vida pasada. Apenas sensaciones. Sensación de ahogo. De opresión; de falta de aire para respirar. Sensación de estar encerrado en una caja estrecha, fría... rodeado de muchas otras cajas estrechas y frías, cada una con su respectivo ocupante, sin duda atenazado por las mismas sensaciones, aunque no recuerdo haber visto sus caras, ni tenido el más ligero indicio de su identidad.

Creo recordar también escuchar pasos ocasionales sobre mi cabeza. En el techo... si es que de un techo se trataba realmente, pues apenas miraba hacia arriba. Me pregunto si todo ésto no serán memorias reprimidas de existencia cadavérica; encerrado en un féretro, bajo la tierra plácida de algún cementerio, rodeado de otros muertos. Pero si es así, ¿cómo podría recordar en primer lugar? ¿Cómo podría experimentar sensación alguna? ¿Acaso no morimos realmente? ¿Seguimos conscientes, como en un coma, hasta que nuestro cuerpo desaparece por obra de los gusanos, o hasta que despertamos de nuevo convertidos en... en *ésto*?

Sí; en ésto. No sé cómo sucedió, ni en qué momento. Nunca nadie pudo dar una explicación. La realidad era tan evidente que, con todo y su absurdez, nadie llegó a cuestionarla.

Ahora somos zombis. La mayoría de nosotros, al menos.

Todavía quedan algunos vivos. Se esconden en refugios improvisados. Siempre están en movimiento, intentando perdernos el rastro, escapar de nosotros. Porque los zombis nos alimentamos de ellos, naturalmente. No somos muy veloces; nuestros reflejos son lentos, igual que nuestros pensamientos... pero por otro lado, nunca nos cansamos. No nos duelen los pies, por mucho que caminemos. En realidad, no sentimos ninguna clase de dolor. Y eso nos da la ventaja. Los humanos nos rehuyen por días; semanas, incluso. Intentan por todos los medios cubrir su rastro, pero su olor a carne fresca los delata siempre, y eventualmente, los alcanzamos. Nos comemos las mejores partes- su cerebro-, abandonando el resto a los *ghouls*.

¿Qué son los *ghouls?* A decir verdad, no estoy seguro. Al igual que nosotros, no están vivos ni muertos, sino que precariamente caminan en la línea que separa a los unos de los otros. Salieron de la tierra una noche, cuando ya teníamos tiempo de ser zombis. Salieron de la tierra, sí, y desde entonces nos siguen los pasos. Así como nosotros nos cebamos en la carne fresca, ellos buscan la carroña. Por supuesto, no hacen ascos a los vivos, cuando pueden atraparlos, pero para ellos son bocado de segunda. Nada les gusta más que las carcasas descompuestas, podridas,

hinchadas... como nosotros. Nos persiguen, y son más veloces. Más astutos. Sus dientes y sus uñas son largos, sucios y afilados. Se escabullen como sombras tras los autos abandonados, en los edificios, entre las sombras de la noche... y nos saltan encima como arañas.

Luchamos, por instinto, pero poco puede hacer un zombi contra un *ghoul.* En el momento mismo en que hacen presa comienzan a devorar vorazomente, a morder, a arrancar, hasta que por fin, dejamos de resistirnos- no porque nos demos por vencidos, sino porque no nos quedan miembros para hacerlo.

Muchos zombis sufrieron éste destino cuando los *ghouls* aparecieron. Los humanos creyeron, sin duda, que aquellos monstruos serían su salvación. Que podían dejar que ellos se encargaran de nosotros, y cuando no quedara ningun zombi, podrían concentrar sus esfuerzos en destruir a los *ghouls,* mucho menos numerosos, y por fin las cosas volverían a ser como antes. Pero no ocurrió así.

No ocurrió así, porque aunque los zombis no sentimos dolor, si que sentimos miedo. Miedo, paradójicamente, a morir. Miedo a ser devorados. Hasta ese momento, apenas soñábamos, pero desde la llegada de los *ghouls,* invadieron rápidamente nuestras pesadillas.
Durante mucho tiempo nos vimos reducidos a escondernos por la noche, cuando los *ghouls* salían a cazar. Sus ojos, que brillan con luz propia y mortecina, no pueden sufrir los rayos del sol. Nos escondíamos, aún sabiendo que los vivos, al notar ésto, comenzarían a ocultarse durante el día y a salir sólo de noche, para evitarnos. Preferían vérselas con uno o dos *ghouls* merodeadores que con una legión de zombis.

Pasábamos hambre. Corríamos el riesgo de morir- otra vez- de inanición. Habría sido fácil abandonarse a semejante suerte. Fue entonces que ocurrió el milagro. Porque si hasta ese momento habíamos sido poco menos que una marejada de harapientos cadáveres ambulantes (gregarios, sí, pero a la vez apenas conscientes de la presencia de los otros, marchando en la misma dirección sólo porque nos atraían los mismos efluvios), ahora algo nuevo se había encendido en nuestro pútrido interior.

Nos dimos cuenta de que *ellos* eran diferentes, mientras que *nosotros* éramos iguales. Lo que era bueno para un zombi, era bueno para los demás. Y lo mismo ocurría con lo que era malo.

Nos dimos cuenta de que no teníamos por qué escondernos en las sombras. No teníamos por qué temblar, impotentes, al ver las sombras esqueléticas de nuestros enemigos proyectarse en las calles bajo la luz de las estrellas. Nos atrevimos entonces a salir... todos juntos. Teníamos miedo, sí, pero nos animaba aquella nueva convicción. Lentamente

marchamos por las calles, hombro con hombro.

Los *ghouls* aparecieron casi de inmediato. Atacaron a los que iban a la retaguardia, como era su costumbre, tirando de sus ropas con las largas uñas ensangrentadas. Pero en vez de alejarnos de las víctimas, aquella noche nos volvimos. Avanzamos hacia los carroñeros, gruñendo, agitando los brazos lo más que nos lo permitían los tendones atrofiados. Enfurecidos, los *ghouls* mostraron los dientes, las lenguas y encías ennegrecidas, y lanzaron arañazos. Sabíamos que corríamos un gran riesgo. En vez de que un sólo zombi fuera destrozado, bien podía ser que perdieramos diez, veinte, cien de nosotros. Aún así, continuamos avanzando.

Funcionó. Los *ghouls* comenzaron a retroceder, frustrados, intimidados, chasqueando los dientes y lamiéndose lo que quedaba de sus labios, sin duda lamentándose por el gran banquete que se les escapaba de las sucias manos. Seguimos persiguiéndolos, paso a paso, hasta que por fin, se vieron obligados a escabullirse entre las sombras.

Celebramos. No gritamos, ni bailamos, ni cantamos, pero sí que gruñimos con especial entusiasmo, mirándonos los unos a los otros, sintiendo más que nunca aquella chispa de algo extraordinario. Desde entonces la vida... o muerte... ha sido buena. Ser zombi, nos dimos cuenta, no era tan malo después de todo. Sí, claro, es verdad que somos una ruina; nuestras ropas no son más que harapos grises e inmundos, desgarrados y roídos por las polillas, descoloridos por el sol y manchados con los fluídos que escurren a diario por nuestros orificios. Pero al menos en eso todos somos iguales. Nadie se siente inferior a los demás, porque todos vamos ataviados de la misma triste forma. Estoy casi convencido de que lo que llevo encima fue alguna vez un buen traje, pero, ¿cómo asegurarlo? La corbata la arranqué a mordiscos hace mucho, sintiéndome nervioso, y los zapatos hace mucho se me cayeron a pedazos de tanto caminar.

Y el atuendo es lo de menos. A cada rato me sale una cosa húmeda por la nariz. Por el aspecto, sospecho que son sesos derretidos. Intenté comerlos, pero me parecieron rancios y desabridos. Me pregunto cómo es que puedo caminar, gruñir y pensar, si mi materia gris está hecha una sopa aguada y pestilente. No lo entiendo. Pero tampoco es que me esfuerce mucho en hacerlo. Las cosas son como son, y todo el mundo se encuentra en iguales condiciones.

Creo que eso es lo que nos ha convertido en un pueblo tan unido. No hay diferencia entre un zombi y otro. Cuando te miras en el espejo de un viejo auto, o en un charco después de las lluvias, puede que te atraviese un dejo de tristeza, o incluso de repulsión, al ver cómo la piel se te ha caído de la cara, y la carne de los huesos aquí y allá; un reflejo orgánico de la pintura que se desprende de los edificios circundantes, hace mucho tiempo abandonados.

Más luego miras a tus compañeros, y te das cuenta de que les ocurre exactamente lo mismo. No existe gente bonita entre los zombis... y por ello mismo, tampoco hay gente fea. Nadie es visto con especial admiración. Nadie tiene privilegios. El resultado es que nuestra camaradería se ha vuelto absoluta. ¿Que la cabeza se te sigue desprendiendo y rodando cuesta abajo en las calles empinadas? Siempre hay alguien que la recoge y te la devuelve. ¿Que la espina dorsal te ha fallado dejándote partido en dos pedazos? Más de uno se ofrece a cargarte en hombros, dejando que tus piernas, aliviadas del peso que suponía el resto del cuerpo, continúen la marcha a pocos pasos por detrás, arrastrando los pies más por costumbre que por otra cosa.

Los *ghouls* nos siguen acechando. No tienen alternativa. Así como nosotros rastreamos a los vivos perpetuamente, ellos siempre nos pisan los talones. De vez en cuando consiguen atrapar a alguien, pero nunca a tantos como antes. Ya no tememos a la oscuridad, y en cambio, los *ghouls* nos temen ahora, porque aunque sean más veloces, más ágiles y mejor armados, no tienen nuestros números, y pelean entre sí constantemente, sin que jamás les pase por las vacías cabezas la idea de unir fuerzas para atacarnos.
Por consiguiente, han quedado relegados a un papel de carroñeros cobardes; el grueso de su dieta lo componen los cadáveres frescos de los humanos cuyos cerebros devoramos. Y eso ha tenido una consecuencia inesperada. Ahora que los cadáveres son reducidos rápidamente a los huesos por los famélicos *ghouls,* muy pocos llegan a volver como zombis.

Antes, nuestro número crecía exponencialmente. Ahora somos siempre los mismos. No vemos caras nuevas descarnándose. No tenemos tanta competencia a la hora de cazar. Cuando encontramos un grupo de humanos, casi todos logramos al menos un bocado decente, y las mordeduras de zombi a zombi se han reducido en un ochenta por ciento... o algo.
El mundo, que antes fuera caótico y lleno de terror, con pequeños grupos de humanos gritando y disparando, y las hordas de los muertos siguiéndoles desesperados por ser los primeros en hundirles el diente, se ha vuelto pacífico y silencioso. Los zombis no hablamos; no chismorreamos. Gruñimos y farfullamos ocasionalmente, para expresar alguna semblanza de emoción, pero la verdad es que conlleva demasiado esfuerzo; no vale la pena.
Y eso significa que nadie tiene nunca razones para enojarse. No hay calumnias, ni insultos, ni diferencias de opinión. No existe conflicto. No hay un líder; los más viejos entre nosotros son poco más que esqueletos ambulantes. Unos cuantos comienzan a desintegrarse. No sentimos por ellos pena ni tristeza alguna; no derramámos lágrimas. Y no sólo porque nos hemos quedado sin las glándulas pertinentes, sino porque siempre es mejor reducirse silenciosamente a polvo que ser comido por los *ghouls,* o incendiado, decapitado o destrozado a hachazos por un vivo. Los zombis

no sentimos dolor, no... pero igual nos gusta la paz.

***

Salimos una noche a buscar alimento, como siempre, y nos percatamos de pronto de una cosa extraña. No nos seguían los *ghouls.* Durante las siguientes noches, ni uno sólo de nosotros escucho sus risas y sus aullidos. Ni uno sólo de nosotros posó la vista sobre sus famélicas siluetas encorvadas. No podíamos asegurarlo, desde luego, pero todo parecía apuntar a su extinción.
Habían desaparecido, tan repentinamente como habían llegado en primer lugar. Probablemente no pudieran soportar la dieta de cadáveres frescos que les proporcionábamos; siempre prefirieron la carne putrefacta. Quizá se habían muerto de indigestión. O quizá simplemente, obedeciendo a misteriosos impulsos naturales (?), habían regresado a su sueño subterráneo. Nunca lo supimos. Pero así como su llegada marcó el inicio de una nueva era para nosotros los zombis, así también su desaparición, paradoja de paradojas, marcó el fin de nuestra paz.

No pasó mucho tiempo antes de que el silencio fuera roto por voces que gritaban, máquinas que andaban... cosas que no habíamos escuchado en un largo tiempo. Al principio, nos sentimos atraídos por aquellos nuevos estímulos, que solo podían significar una cosa; los vivos. Pero al acercarnos, nos dimos cuenta de que éstos vivos no eran como los demás. No huían cuando nos acercábamos. No parecían tener miedo. De algún lugar habían sacado enormes vehículos con nombres olvidados y cuerpos pesados y oxidados, que se arrastraban lentamente por las calles resquebrajadas, atropellando y aplastando los autos abandonados, y a cualquier zombi que no pudiera quitarse a tiempo del camino. Y sin embargo, no nos disparaban, como los vivos normales; en vez de eso, nos atrapaban con redes sumamente resistentes, y nos perseguían de noche con máquinas volantes cuyos haces luminosos lastimaban nuestros ojos, forzándonos a escondernos como ratas.

¡Cómo cambiaron las cosas! Habíamos creído que los *ghouls* eran un azote, pero al menos ellos habían sido pocos, y sólo capturaban lo que necesitaban para subsistir, ignorándonos a los demás por algún tiempo. No así éstos vivos. Nos perseguían sin descanso, atrapándonos por montones. Muchas caras familiares desaparecieron de golpe. La armonía que habíamos creado se desvanecía. No nos atrevíamos a salir de nuestros escondites, porque al contrario que los *ghouls,* temerosos de la luz del día, éstos vivos nos acechaban a todas horas.

Intentamos pelear. Atacamos a los exploradores que se acercaron demasiado a nuestros refugios, y nos comimos sus cerebros deliciosos, pero por mucho que paladeamos, intentando encontrar alguna diferencia con los vivos que habíamos cazado antes, fue en vano; eran exactamente iguales. Las presas se habían convertido en cazadores. El miedo regresó

entonces, y arrancó de nuestra existencia la amistad y la confianza que se había ido formando entre nosotros. Con enemigos tan encarnizados siguiéndonos los pasos, ya no podíamos darnos el lujo de regresar por los heridos, los despedazados o los más lentos. Nos vimos obligados a abandonar a nuestros amigos. Y entonces volvió otra sensación, otro chispazo; una profunda culpa que nos corroía las entrañas de forma aún más insidiosa que las larvas.
Podría incluso decir, ¡qué cosa extraña!, que sentíamos dolor por primera vez en mucho tiempo. Habíamos creado un mundo perfecto en su imperfección... bello en su esperpéntica simpleza, y ahora todo parecía esfumarse.

Yo fui uno de los últimos en ser capturados. Me atraparon en una de sus redes junto con varios de los míos. Pateé, golpeé, arañé e intente morder, pero los vivos estaban cubiertos con trajes especiales que evitaban cualquier contacto directo con nosotros. Nos llevaron a bordo de camiones especiales de los que ni siquiera nuestra fuerza colectiva nos permitió escapar, y cuando por fin se nos permitió salir, fue en una extraña instalación con paredes de acero, iluminada por horribles luces que cegaban, y rodeados de hombres y mujeres con pesadas armas.

Nos obligaron a entrar a una cámara cilíndrica, transparente, desde cuyo interior podíamos ver a numerosas personas vestidas de blanco, que nos observaban y hablaban entre sí. Gruñimos y gemimos; golpeamos el cristal, sin que éste cediera en lo más mínimo.
Nos pusimos furiosos. Nos enloquecía estar encerrados, con todos aquellos cerebros exquisitos fuera de nuestro alcance. A tal grado llegó nuestro frenesí que intentamos mordernos entre nosotros, aunque nos resultó repugnante.

"Tenemos que hacerlo ahora" dijo uno de los vivos, y entonces escuchamos un rugido mecánico sobre nuestras cabezas que pronto se propagó a todo nuestro alrededor. El cilindro comenzó a vibrar y a iluminarse, al tiempo que los vivos, por fuera, se movían de un lado a otro, diciendo cosas que no alcanzábamos a oír.

Fue como sufrir una experiencia extracorporal. Perdimos el sentido, la sensación; un torbellino de extrañas luces y sonidos, de sensaciones nauseabundas, y por fin, de cosquilleos electrizantes. Pareció una eternidad. Quizá sólo fueron unos cuantos segundos, pues eventualmente los sonidos cesaron, las luces se esfumaron, y mis ojos lentamente volvieron a enfocar, hasta que me encontré contemplando el dorso de mis manos sobre el suelo blanco de aquel cilindro. Sólo que...

... aquellas no eran mis manos. No eran las arañas podridas y descarnadas a las que estaba yo tan acostumbrado. Aquellas uñas no eran las largas y amarillentas con las que me llevaba trozos de alimento a la

boca.

De pronto, vomité. El recuerdo de mis cenas cerebrales repentinamente se me antojaba repulsivo. Me levanté para no mancharme en mi propia suciedad, y la que soltaban otros a mi alrededor. Volví a observarme las manos... los pies. Tampoco los reconocí. ¡No! ¡No, no, no! ¿Qué está ocurriendo?

De pronto se abrió una compuerta. Dos hombres de bata blanca me sujetaron por los brazos, ayudándome a sostenerme sobre piernas tambaleantes. Una mujer se me acercó, y me examinó los ojos con un haz de luz.

"Éste está listo" sentenció, y me empujaron hacia otro hombre, vestido de traje... un traje nuevo, limpio... no harapos como los que llevaba yo puestos, y que por alguna razón ahora me repugnaban.

"Bienvenido de regreso, señor" dijo el hombre estrechando esa mano que no era la mía "Estoy seguro de que se encuentra muy confundido, pero no se preocupe ahora por eso; todo comenzará a tener sentido de nuevo, se lo aseguro. Nuestra tecnología ha tenido un cien por ciento de efectividad. No puedo decirle como, me temo; es confidencial. Pero sepa que la pesadilla ha terminado, gracias a Dios"

Intenté gruñir, pero en vez de eso me salieron palabras. Palabras de verdad. Y entonces me dí cuenta de que, de hecho, podía hablar, aunque mi lengua se sintiera torpe y mi garganta ardiera como los mil demonios.

"U... u... un es... es... espejo" pedí.

"Desde luego" dijo el hombre, sonriente. Parecía genuinamente emocionado. Chasqueó los dedos, y un asistente se acercó con un espejo de mano que él sostuvo frente a mí. Retrocedí, horrorizado. ¡Aquel no era mi rostro! ¡Mi rostro era gris... y la piel no lo cubría por completo! A éste, en cambio, le sobraba un buen trozo de nariz, y esos labios... ¡nadie tiene labios!
¡No, no... ésto tiene que ser un error!

Me volví hacia la cámara cilíndrica. Otros vivos sacaban a mis amigos, sujetándolos por los brazos. Sólo que aquellos no eran mis amigos. Sus rostros eran todos diferentes. Algunos eran feos, otros hermosos... repentinamente, éramos distintos. Algunos parecían tan confundidos como yo. Unos lloraban. Otros gritaban, enojados. Uno parecía sonreír. ¡Idiota! ¿Es que no te das cuenta? ¡Nos han arrebatado lo que somos! ¡Lo que nos hacía tan felices! ¿No te das cuenta de que nos han convertido en... en... en *ellos?*

"Si, es comprensible que esté confuso" repitió el hombre del traje

chasqueando nuevamente los dedos "Pero como ya le he dicho, todo volverá pronto a la normalidad. Lo único que necesita es algo de reposo, eso nunca falla... y entonces podrá reintegrarse a la sociedad. ¡Sí, amigo, a la sociedad, que creímos nunca se recuperaría de éste horrible episodio! ¡Y ahora...!"

Sin previo aviso me clavaron una gran aguja hipodérmica en el cuello. Dolió bastante, y me giré furioso y asustado, pero entonces se apoderó de mi una especie de sopor... una debilidad que nada tenía que ver con la podredumbre de los huesos... y entonces todo se volvió negro y perdí el conocimiento.

***

No recuerdo mucho sobre mi vida pasada. Sensaciones, más que nada. Semblanzas de paz, de silencio... y de haber sido parte de algo. De haber tenido muchos amigos, todos igualmente importantes. De haber dado ayuda, y de haberla recibido. De haber luchado junto a ellos... y de sentir el orgullo de haber ayudado a derrotar al enemigo. Todo eso lo recuerdo... cuando tengo tiempo.

Porque ahora paso todo el día encerrado en un cubículo estrecho y frío, rodeado de muchos otros cubículos estrechos y fríos, cada uno con su ocupante respectivo, atenazado sin duda por las mismas sensaciones... aunque no recuerdo haber visto nunca sus caras, ni tengo el más ligero inidicio de su identidad.
Ocasionalmente escucho pasos sobre mi cabeza. En el techo. Con todo, apenas miro hacia arriba.
No sé cómo sucedió, ni en qué momento, pero la realidad es tan obvia que nadie se la cuestiona.

Otra vez estamos vivos.

O eso nos dijeron.